

Manuel J.
Ramos
Ortega

Mi vida sin
Eva
Gundersen

P

Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA



Manuel Ramos Ortega nació en Cádiz (1948). Catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, ha publicado estudios como *La prosa literaria de Luis Cernuda* (1982), *La obra poética de Eduardo de Ory* (1983) o *Revistas literarias españolas del siglo XX* (2005).

Como novelista he publicado los siguientes títulos: *La ciudad de los sueños* (1999), galardonada con el Premio Opera Prima de la Crítica Andaluza, y *Las campanas del Duomo*, (Murcia, 2004), que obtuvo el Premio de Novela Vargas Llosa en 2003.

ANDRÉ

Durante mucho tiempo, el cementerio de los Ingleses tuvo para nosotros la atracción de lo prohibido porque, según mis padres, en ese lugar enterraban a los protestantes y a los ateos, como al abuelo de aquel compañero de mi hermano Carlos que abrió al público la primera cervecería alemana en la calle Zorrilla. En algunas ocasiones quise ir a visitarlo, sin que nadie de mi familia me descubriera, pero unas veces el miedo a que algún testigo me delatase y otras la enorme distancia que había desde mi casa, incluyendo el largo trayecto en tranvía, pospusieron indefinidamente mi primer encuentro con las tumbas alineadas en aquel jardín funerario, la mayoría con apellidos de familias inglesas de Cádiz. La tía Justa solía repetirnos, no sé si para disuadirnos de entrar en ese recinto vedado, que como aquella tierra no había sido bendecida aún por la Iglesia, tan sólo sepultaban en ella a masones y ateos, explicación bastante ingenua –incluso para el niño que yo era entonces–, pues no acertaba a relacionar aún cómo se podía morir ateo y, a la vez, ser enterrado bajo una cruz grabada en la fría lápida de mármol sobre la sepultura.

Llegar al cementerio de los Ingleses hubiera supuesto una peligrosa excursión hasta un barrio en las afueras de la ciudad adonde ni siquiera se aproximaban, en ese tiempo, las líneas de autobuses que sustituyeron con éxito a los viejos tranvías, tes-

tigos mudos durante muchos años de las amarillentas postales que mis padres enviaban a los familiares que habían dejado en el pueblecito francés de mis abuelos. La brusca irrupción de la noche en invierno, nos sorprendía saliendo del colegio, demasiado tarde ya para emprender aventuras imprevisibles hasta lugares tan recónditos y muy a trasmano de nuestra casa en el centro de la ciudad vieja. En cambio, los días del verano eran enajenados rápidamente por otros intereses y ocupaciones que hacían que nos olvidáramos de todo lo que no navegara con viento a favor de nuestra infinita curiosidad por descubrir la tierra prometida. El cementerio y, por tanto la muerte, dejaban entonces de ejercer atracción alguna para nosotros, cuando era por el contrario la vida, aguardándonos fuera como una novia celosa, la que requería toda nuestra atención. Tal éramos en aquella época dichosa: adanes de un paraíso recién inaugurado o robinsones de una isla desierta y aún innominada en el mapamundi geográfico de nuestros lejanos e interminables días colegiales.

Pero aquel verano ocurrió algo que nos hizo toparnos de bruces con la muerte. La vimos en la playa, ya cadáver, con el cuerpo semidesnudo que la pleamar había arrastrado hasta la orilla en donde se alineaban hileras de casetas a franjas blancas, rojas y azules durante la temporada de baños. Cuando llegó el médico forense de guardia, me sorprendió el gesto imprevisto de un policía al levantar la manta que había velado el cuerpo desnudo de las curiosas miradas de los madrugadores bañistas. Vi entonces sus piernas dobladas a la altura de las rodillas en posición fetal, sin que todavía nadie hubiera conseguido extenderlas sobre la arena. En ese momento me acordé de algo que le oí decir al abuelo, el viejo contramaestre André, en la sobremesa de algún domingo de invierno: «A algunos ahogados hay que romperles las piernas para lograr que entren en la caja». Tuve que hacer un esfuerzo para no apartar los ojos de aquella cara desencajada, irreconocible por la descomposición cadavérica, con una bola de espuma inflada como una pelota sobre los labios

tumefactos, aunque enseguida otros policías, que empezaron a acudir como moscas avariciosas desde el Paseo Marítimo, nos impidieron seguir de cerca las primeras evoluciones del forense, un joven de aspecto desenvuelto, vestido con una impoluta y larga bata blanca que parecía no ser de su talla y que rápidamente, como si tuviera más prisa de lo necesario, ordenó el levantamiento del cadáver. Durante mucho tiempo, al pasar por ese mismo lugar, me inundaba el olor a muerte descompuesta, confundido con el desagradable hedor a flujo menstrual que alrededor de la escollera ventea durante la bajamar de las playas.

Tengo delante la primera página del periódico local que guardé aquel triste día, en donde veo ahora la imagen de una joven ahogada en la playa Victoria. Un titular enigmático subraya: *Encontrada cadáver en La Victoria la hija del cónsul alemán*. Los viejos retratos son como los espejos que nos devuelven nuestra propia imagen pasados los años. En esta manoseada foto veraniega me imagino a mí mismo detrás de la cámara como en un espejo, con treinta años menos, igual que me contemplo ahora también en el álbum de familia en otra instantánea de caballito en la que, vestido con un bañador de tirantes, estoy sentado en el sidecar de una moto aparcada en el Paseo Marítimo, mientras Chano, el cocinero sordomudo que trabaja con el padre de Muñoz en el restaurante del Paseo Marítimo, asoma detrás sonriente: «Chano es mudo pero no manco», dice Soler mientras pega pataditas a la pelota de goma al lado de las casetas, debajo del Paseo. «Le he visto cómo le metía mano a Consuelo, la Tata». Sí, aquel verano apareció el cuerpo de la hija del cónsul, la fina y guapa «consulita», como la llamábamos. Y por fin pude acceder al recinto del cementerio de los Ingleses que estaba al final de la avenida de Portugal y al que sólo conducían a enterrar a los masones y ateos. Lo decía también mi tía Justa, que llegó de Santander con su madre y su hermano Antonio para ser presentada a mi abuela y casarse con el hermano de mi padre. En aquel verano los tranvías de Cádiz aún hacían el trayecto hasta

el Balneario Victoria y la guerra hacía unos meses que había terminado. *Primer Año Triunfal* rezaban los periódicos y cualquier acto público era celebrado con la consabida leyenda: *Año de la Victoria*. Mis padres se casaron en ese año y mis tíos al año siguiente. El tranvía llegaba hasta la playa y, una vez en la arena, los bañistas acompañaban a los más decididos hasta la orilla, las madres y abuelas alquilaban las hamacas y garitas mientras una brisa azul arremolinaba los pañuelos de color de las mujeres y los *canottiers* de los hombres. Yo nací un año después de la explosión de Cádiz.

El cementerio de los Ingleses, que estaba situado junto a la vía del tren, recibía escasas visitas, allí iban sólo los protestantes y los ateos, según mi madre. «Menudos herejes –decía mi tía Justa–, por no tener, no tienen ni imágenes.» Nosotros no conocimos el lugar hasta aquel verano en el que se ahogó la consulita. Soler ya había crecido y ahora daba patadas al balón en un equipo juvenil. Todos habíamos dejado de jugar y nuestras voces adolescentes dejaban escapar algunos gallos que la anhelada edad adulta estaba a punto de olvidar para siempre. Muñoz había empezado a afeitarse con la maquinilla de su padre y Fito ya llevaba dos meses saliendo con Julia, una esbelta moza sevillana que veraneaba todos los años en la casa de su hermana en la Avenida. Fuimos todos andando desde el colegio en donde habíamos quedado citados, porque no sabíamos qué hacer al llegar allí. «¿Tendremos que hablar alemán?» «¿Cómo le daremos el pésame a los padres si no tenemos puñetera idea de alemán?» «Pues cómo va a ser, en español, ignorantes», contestaba mi hermano.

Puedo recordar esa tarde como si la estuviera viviendo de nuevo. La vieja foto de la consulita ahogada me devuelve también aquella imagen propia del adolescente que fui, demasiado alto para ser un niño, pero demasiado inexperto para considerarme un hombre. Aunque hacía ya algunos veranos que no

había podido resistir y me había enfundado mis primeros pantalones largos para ir al cine de mayores. «¿Qué hace este niño con los pantalones largos de su hermano?» Yo me he hecho el sordo y antes de que mi madre se dé cuenta, bajo las escaleras y salgo dando un rápido portazo. Para disimular entro en el cine fumando un cigarrillo, un lucky, que le he afanado a mi padre; el portero charla distraído con un amigo y ni siquiera parece reparar en mí al cortarme la entrada con sus dedos índice y pulgar. Me siento en mi localidad de anfiteatro, que he preferido a una de butacas para no encontrarme con alguno de los amigos de mis padres. Disfruto con fruición de mi victoria y de la entrada oficial en el mundo de los adultos. Me acuerdo ahora también de una noche, todavía un niño, en la que espero en mi cama impaciente a mi madre. Al despedirse y darme un beso ha prometido contarme la película de la tarde que va a ver en el Andalucía: *Los Crímenes del Museo de Cera*. Me duermo sin que vuelva, pero al día siguiente aguardo con gozo su llegada hasta mi cama.

He pensado en los crímenes que ocurrieron en aquel Museo de Cera, mientras camino hasta el cementerio de los Ingleses con Soler, con Fernandito, con Muñoz y con mi hermano Pablo. Somos una pandilla de adolescentes con gallos en nuestras voces todavía pero parecemos adultos con nuestros pantalones largos, nuestras chaquetas y corbatas de hombres porque, aunque fuera verano todavía, mi madre nos ha obligado a vestirnos con el traje de los domingos que nos compró en Almacenes Amaya para celebrar nuestra entrada en el mundo de los mayores. Pienso si a la consulita la habrán vestido también con su trajecito nuevo antes de acostarla para siempre en el ataúd de la funeraria. Aquel camisero rosa con un lazo a la altura del pecho que llevó a la fiesta de fin de curso. Según la autopsia –resumía el periódico local–, no habían encontrado signos de violencia en su cuerpo, aunque probablemente luchó antes de morir ahogada en el mar y he leído el titular de la primera página: *El resultado de la autopsia revela que murió por sumersión*. La veo

todavía la noche de la fiesta de fin de curso en el Tenis, cuando todos la mirábamos bailar con aquel rubio pariente suyo que llegó de Munich.

Para mí, la sumersión era aquello que yo intentaba todas las mañanas en la playa cuando me hundía en el mar con aquellas gafas y el tubo de buzo que me regalaron como premio a mis calificaciones de fin de curso. Yo había visto una película en el cine de verano en la que unos buceadores profesionales se sumergían hasta el fondo para ir a buscar una valiosa reliquia arqueológica en la bahía de Capri y trataba de imitarlos. Años después, me he enterado de los crímenes horribles en esa isla del Mediterráneo cometidos por el anciano emperador Tiberio y he supuesto que en el fondo de aquellas calas sólo deberían encontrarse restos humanos y algunas escasas joyas arqueológicas. Aquella sima marina, adonde sin duda eran violentamente arrojados los cuerpos de los adivinos que no acertaban en sus pronósticos o contrariaban el destino inmortal del emperador, estaría minada de los huesos de los infelices augures. Me ha dado por pensar que si la consulita se hubiera ahogado en esa bahía quizá la hubieran confundido con una víctima más del emperador Tiberio.

Hasta que enterraron a Eva G nunca había ido a un cementerio. Cuando murió la abuela era un niño de apenas cinco años. Pero recuerdo que nos vestimos toda la familia de negro y que la casa de Cervantes se cubrió entera de luto durante varios meses. Mi madre no nos dejaba encender la radio e incluso mi padre tuvo que renunciar a oír el parte de Radio Nacional a la hora de la cena. Eso sí, a las ocho en punto nos reunían a todos en el cuarto de estar para rezar el rosario. Para no dormirme durante los inacabables misterios dolorosos empezaba a darle pellizcos a mi hermano por detrás hasta que este alargaba por fin su brazo para sacudirme una torta que yo esquivaba a duras penas. Pero lo que no era nunca capaz de burlar era la recriminadora mirada de mi madre que, sin dejar de desgranar las

cuentas del rosario en la mano, me advertía con signos inconfundibles que yo interpretaba a mi manera: «Te vas a enterar de lo que vale un peine, hereje». Aunque se lo preguntaba todos los días, no lograba entender por qué teníamos que rezar el rosario por las tardes. Seguro que los protestantes que enterraban a sus muertos en el cementerio de los Ingleses no tenían que rezar el rosario todos los días gracias a que eran protestantes. Se lo dije a Muñoz una tarde y me respondió que él creía que no, que no rezarían el rosario porque había visto un día en el restaurante de su padre a unos ingleses y que no tenían cara de rezar ni de ir a misa los domingos ni nada de nada, seguro que no, que eran ateos o masones. También mi padre opinaba que los ingleses eran ateos y marxistas. Además se divorciaban y sobre todo los americanos, esos sí que eran ateos porque se casaban, se divorciaban y se volvían a casar, como aquellas actrices: Rita Hayworth o Elizabeth Taylor que se había casado cinco veces con el mismo marido. Yo las veía en el NODO con sus trajes escotados, con esas pieles por encima de sus hombros y esos zapatos de tacones finísimos, guiñándonos y saludándonos alegres al descender de esos inmensos descapotables antes de entrar en las galas de Hollywood, «La meca del cine» como indefectiblemente escribía el periódico local cada vez que se celebraba la entrega de los «Óscares», el mismo que traía los crucigramas que rellenaba mi padre al terminar de cenar y después de oír el «parte», cuando en casa se levantó por fin el luto por la abuela.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.